



Ucrania, Bielarús, Moldova

Agustín Maraver
Sociólogo,
especialista en Relaciones
Internacionales,
UNED, Madrid

La soviétización de las tres Repúblicas Socialistas Soviéticas (RSS) de Ucrania, Bielorrusia y Moldavia, es decir, la fusión en una nueva comunidad socialista de los distintos componentes étnicos, fusión de la que dependía a la larga el proyecto de la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) como nueva civilización, se hizo no sólo en contra del legado político de los movimientos nacionalistas ucraniano y rumano, acusados de “pequeñoburgueses” y de colaboración con el fascismo, sino también, especialmente desde los años treinta, sobre el énfasis de un mítico legado común eslavo y cristianoortodoxo. Incluso una cierta idea de Rusia, expresada en los últimos años por Aleksandr Solzhenitsyn, exige también la integración en un solo Estado de los tres pueblos eslavos, ruso, ucraniano y bielorruso. En definitiva, la URSS era inconcebible sin Ucrania y Bielorrusia. Más de un tercio del complejo militar-industrial soviético, por ejemplo, había sido construido en su territorio, con una fuerte emigración de trabajadores y especialistas rusos, sobre todo en regiones donde ya había habido una primera colonización e industrialización bajo el Imperio Zarista: el este y sur de Ucrania, Minsk y la ribera izquierda del Dniestr.

El surgimiento de los movimientos nacionales

En cada una de las tres RSS occidentales, el proceso final de descomposición de la URSS dio lugar a una situación política distinta, según la fuerza del movimiento nacional. En Ucrania, la *nomenklatura* reformista y la oposición nacionalista alcanzaron un pacto implícito para abrir una transición que respetase sus privilegios sociales en el marco del nuevo Estado ucraniano, limitando, en nombre del interés nacional, los niveles de enfrentamiento. En Bielorrusia, la *nomenklatura* mantuvo en todo momento su hegemonía política e inició la transición como un mal inevitable. En Moldavia, por el contrario, la irrupción del movimiento nacional moldavo provocó la rápida descomposición del aparato del partido comunista (PC) a nivel de la URSS y la secesión del Transdniestr así como de las poblaciones de mayoría gagauza del sur.

En Ucrania, el accidente de Chernóbyl, el 26 de abril de 1986, enfrentó al país a los efectos catastróficos de la gestión de sus recursos desde Moscú. Era la metáfora de la tragedia de Ucrania en todos los campos: lingüístico, social y económico. Y la señal para la reconstrucción del movimiento nacional. El partido nacionalista Ruj nació de una cadena de manifestaciones en el verano de 1988, en el oeste y centro del país -donde la conciencia nacional, por razones históricas, siempre ha sido más fuerte- contra

la represión de los disidentes y el bloqueo de la política de reformas por la dirección brezhnevista del PC ucraniano.

En Bielorrusia, la débil conciencia de identidad cultural y nacional de la población hipotecó desde el primer momento el surgimiento del movimiento nacional, que fue incapaz de disputar la hegemonía institucional a la *nomenklatura* en las elecciones de marzo de 1990, en las que el Frente Popular sólo pudo obtener el 10% de los diputados. El efecto añadido fue una apatía política que se mantuvo prácticamente hasta mediados de 1993. El choque entre la *nomenklatura* y el movimiento nacional adoptó finalmente la forma de un enfrentamiento entre el primer ministro Viacheslau Kebich y la mayoría de los diputados postcomunistas, por un lado, y el presidente del Soviet Supremo, Stanislau Shushkevich, apoyado por los diputados del Frente Popular, por otro, sobre la ratificación de los acuerdos militares de Tashkent, de mayo de 1992, que Shushkevich se negaba a firmar, alegando que violaban los artículos del borrador de la nueva Constitución ya aprobados por la Cámara.

“Una cierta idea de Rusia exige también la integración en un solo Estado de los tres pueblos eslavos, ruso, ucraniano y bielorruso”

En Moldavia, por el contrario, la *glasnost* permitió el renacimiento del movimiento nacional, en defensa de la latinidad del idioma (frente a su transcripción al cirílico, impuesta por las autoridades soviéticas), del medio ambiente y una autonomía cultural que permitiese estrechar lazos con Rumania. El 20 de mayo de 1989 se fundó en Chisinau el Frente Popular, integrando a diversos movimientos informales. Su programa reivindicaba los derechos democráticos, la adopción de la bandera nacional rumana y una soberanía efectiva que incluyese el derecho a la secesión, previo referendo, y su posible reunificación con Rumania. El éxito de los candidatos informales en las elecciones al Congreso de Diputados de la URSS del 26 de marzo de 1989 provocó la crisis de la vieja dirección brezhneviana del PC moldavo, que intentó responder con la represión a la movilización del Frente Popular. Sin embargo, la estructura del PC se mantuvo intacta en el Transdniestr y en el sur, de población gagauza, y sus dirigentes respondieron con la proclamación

de las respectivas RSS del Dniestr y Gagauzia, en el marco de la URSS. A partir de ese momento, la escalada del conflicto, que desembocaría en guerra abierta, se hizo imparable.

De la soberanía a la independencia

La presión del movimiento nacional, en los Soviets Supremos pero sobre todo en la calle, en Ucrania y Moldavia fue decisiva para dividir a los PC y arrastrar a los sectores reformistas en la votación de las declaraciones de soberanía y, sobre todo, de las declaraciones de independencia, después del intento de golpe de Estado en Moscú de agosto de 1991. Las elecciones presidenciales de diciembre de 1991, unidas al referendo sobre la declaración de independencia, dieron nueva legitimidad a una correlación de fuerzas que era el resultado de dos años de duras luchas políticas. La oposición nacionalista presentó tres candidatos, en una división que reflejaba las distintas posturas ante el pacto con la *nomenklatura* reformista.

En Bielarrús, la declaración de independencia el 26 de agosto de 1991 fue, sobre todo, consecuencia del fracaso de un golpe de Estado que la mayoría de la *nomenklatura* local vio con simpatía y el resto de la población con su tradicional apatía. Casi un año tardó el Soviet Supremo en iniciar los trabajos sobre la nueva Constitución, que no se completaron hasta mayo de 1993.

En Moldova, el intento de golpe de Estado en Moscú, en agosto de 1991, sólo confirmó la división ya existente. Los dirigentes del Transdniestr y de Gagauzia apoyaron abiertamente a los golpistas, mientras que el Soviet Supremo moldavo proclamaba oficialmente la independencia del país el 27 de agosto y convocaban elecciones presidenciales para el 8 de diciembre de ese mismo año. El ganador, Mircea Snegur, había dirigido el ala reformista del PC moldavo, que le expulsó tras su elección como presidente del Soviet Supremo.

La construcción del Estado nacional

Gracias a su nueva hegemonía en el movimiento nacional en Ucrania y Moldova y a su control del pequeño aparato administrativo heredado de las RSS, la *nomenklatura* reformista puede orientar la construcción del nuevo Estado. Pero al mismo tiempo, para dotarle de la legitimidad necesaria se ve obligada a plantearlo

como el resultado de un gran pacto nacional, del que sólo quedarán excluidas aquellas fuerzas que pongan en cuestión al nuevo Estado. En el caso de Ucrania, se trataba de los movimientos pro soviéticos o pro rusos del este y el sur del país. En Moldova, era el sector del movimiento nacional que defendía la reunificación con Rumania. El mantenimiento del viejo aparato administrativo de la RSS en Bielorrusia tuvo en la práctica el mismo resultado.

En Ucrania, Kravchuk definió la nueva prioridad política tras la independencia en su discurso inaugural ante el Soviet Supremo, el 5 de diciembre de 1991: construir una administración estatal y regional capaz de llevar a cabo las reformas políticas y económicas. Para ello, era necesario la convocatoria de una mesa redonda de todas las fuerzas políticas y sociales para alcanzar un pacto nacional, en el que "Ruj debería situarse a la cabeza de todas las fuerzas y partidos progresistas... que buscaran la independencia efectiva de Ucrania". La mesa redonda se reunió el 21 de febrero, con la participación de los nuevos partidos políticos. Su consecuencia inmediata fue la incorporación de los sectores moderados de las fuerzas nacionalistas en el aparato del Estado a todos los niveles y la formación de un Consejo de Estado como institucionalización del propio pacto nacional. Los sectores más nacionalistas, con el dirigente del Ruj, Chornóvil, a la cabeza, se mantuvieron en el margen del pacto, sin aceptar la responsabilidad de su gestión con Kravchuk.

En Bielarrús, el mantenimiento en la práctica de la vieja administración soviética supuso la continuación de todos sus males, y en especial de la corrupción, hasta el punto de que el propio KGB (Comité de Seguridad del Estado) y el Ministerio del Interior hicieron pública una carta abierta al primer ministro, Kebich, y al presidente Shushkevich, denunciando numerosos casos y la imposibilidad de perseguirlos por presiones del Comité gubernamental para la prevención del crimen. Esta situación de podredumbre permitió que un joven fiscal, Alyaksandr Lukáshenka, se hiciera famoso con sus denuncias. El proyecto de la nueva Constitución, elaborado por la mayoría postcomunista del Soviet Supremo, encontró la oposición radical del Frente Popular y de Shushkevich. Aunque se preservaba la presidencia del Soviet Supremo, el nuevo Estado se configuraba como una república fuertemente presidencialista, lo que permitiría a la *nomen-*

klatura frenar cualquier proyecto de reformas en el hipotético caso de que variase la correlación de fuerzas en el legislativo.

En Moldova, la división del movimiento nacional en las elecciones presidenciales de diciembre de 1991 se reflejó en las instituciones. Las fuerzas defensoras de la reunificación con Rumania (el Frente Popular y el Congreso de la *Intelligentsia*), sobrerrepresentadas en el Soviet Supremo, al que además no asistían los diputados del Transdniestr, bloquearon cualquier medida legislativa de construcción del nuevo Estado moldavo que no estuviera relacionada con la guerra y que pudiera convertirse posteriormente en un obstáculo para sus objetivos políticos. La construcción del Estado tuvo que ser obra del presidente Snegur, combinando un doble sistema de alianzas: con el Partido Socialista (postcomunista, en su mayoría étnicamente ruso) para poner las bases de un Estado moldavo multiétnico, que pudiese buscar una salida política a la guerra en el Transdniestr, y con las fuerzas nacionalistas pro rumanas, para mantener el esfuerzo militar. En el terreno militar, se trataba de una carrera en la que la RSS del Dniestr, gracias al apoyo del XIV Ejército ruso parecía ir más deprisa. A mediados de 1992, la Guardia Republicana del Dniestr contaba con 10.000 efectivos y una capacidad de fuego muy superior a los *carabinieri* y tropas moldavas, lo que obligó a Snegur a buscar un alto el fuego que, inevitablemente, convertía a Rusia no sólo en parte sino también en mediadora.

La crisis del Pacto Nacional

El desarrollo de un sistema político de partidos, paralelo a la construcción del Estado nacional, con la consiguiente división de las fuerzas nacionalistas en Ucrania y Moldova, reforzará el papel de árbitro de la presidencia y su iniciativa legislativa. Pero los debates sobre la división de poderes, que se trasladarán al borrador de las nuevas constituciones, y sobre la orientación de las reformas económicas erosionarán el pacto nacional, sin encontrar por otra parte soluciones satisfactorias para el equilibrio de fuerzas políticas existente. Un equilibrio cuestionado, además, en Ucrania y Bielarrús por la movilización independiente de la clase obrera. Para hacer frente a esta crisis de legitimidad, la *nomenklatura* reformista, desde su control de la presidencia, va a intentar ampliar sus alianzas con los sectores rusófonos de la *nomenklatura* industrial y local.

La nueva configuración política ucraniana, surgida en el primer semestre de 1992, sólo se trasladó indirectamente al Parlamento. La aplicación de la “Ley de los representantes del presidente” y la incapacidad del Gobierno Fokin para elaborar una estrategia frente a la crisis económica fueron corroyendo el consenso alcanzado en la Mesa Redonda en la segunda mitad de 1992. Kravchuk procedió a la designación de sus representantes respetando los diferentes equilibrios políticos regionales. Esto suponía en muchos casos mantener a la vieja *nomenklatura* comunista, en un proceso de cooptación de lealtades similar al que había tenido lugar con los dirigentes de Ruj a comienzos del año y que reforzaba la división entre una Ucrania occidental “nacionalista” y una Ucrania oriental “postcomunista”.

Para desbloquear la situación, Kravchuk propuso como nuevo primer ministro a Leonid Kuchma, un ingeniero y director de la fábrica de misiles de Dniepropetrovsk, miembro del *lobby* industrialista y cercano al partido Nueva

Ucrania. Dos semanas más tarde, Kuchma presentaba su Gobierno, cuya composición dividía de nuevo a

la oposición y un programa de ajuste, negociado con el FMI (Fondo Monetario Internacional), que debía empezar con la privatización de medianas y pequeñas empresas de comercio y servicios, así como sectores de la agricultura,

manteniendo un amplio sector estatal en las industrias militares y

la energía. Por otra parte, Kuchma declaró que uno de sus objetivos era acabar la “guerra fría” con Rusia y restablecer relaciones económicas entre ambas repúblicas. Para llevarlo a cabo, el Parlamento le concedió, a finales de noviembre de 1992, poderes especiales durante seis meses para gobernar por decreto.

Esos seis meses sólo sirvieron para agravar la crisis económica, arrastrada por una hiperinflación del 50% mensual y el bloqueo energético ruso, y ampliar la crisis política. La huelga general del Donbás, del 7 al 17 de junio de 1993, significó la vuelta a la escena política de una región que, con sólo el 9% del territorio de Ucrania, cuenta con el 17% de su población y produce el 21% de su PNB (Producto Nacional

Bruto). La mayoría de sus habitantes son rusófonos y desde los años veinte ha desarrollado una cultura propia basada en la peculiar industrialización de la región con grandes fábricas y minas de carbón, incluida una resistencia sindical importante bajo el régimen soviético.

Sin embargo, lo que determinaría finalmente los futuros resultados electorales, no sólo en el este sino en todo el país, sería la creación de un nuevo Partido Comunista Ucraniano (PCU) por la generación de jóvenes activistas obreros que desconfiaban de los viejos comunistas y que se enfrentaban a nivel de empresa con las distintas fracciones de la *nomenklatura* industrial. El segundo secretario del viejo PCU en Donetsk, Petro Symonenko, fue elegido su secretario general y pronto contó con 120.000 afiliados y con la adhesión del PC de Crimea.

En Bielarrús, la crisis política en el Soviet Supremo, que terminó con la destitución del presidente Shushkevich en enero de 1994, se dobló con una ola de protestas y manifestaciones sindicales contra la política económica del Gobierno Kebich y las consecuencias de la crisis económica. A lo largo de 1993, la inflación había superado el 30% mensual y la producción industrial había caído en los primeros seis meses un 16,3%. A ello se sumó una serie de catástrofes naturales que destruyó la mitad de la cosecha de patatas y un cuarto de la de cereales, por valor de 100 millones de dólares. En junio, Moscú dejó de transferir rublos a Minsk, ante la disparidad de las políticas económicas de ambos Gobiernos, y en julio acabó con sus reservas, al anular todos los rublos impresos antes de 1993. La deuda de Bielarrús por las transferencias de petróleo y gas rusos ascendía a 350 millones de dólares, deuda que, después de sucesivos cortes en el suministro, tuvo que pagar antes de terminar el año, a costa del total de sus divisas convertibles. A pesar de la nueva situación política y social, el sistema político seguía reflejando la vieja estructura de 1989-1990, con un Frente Popular minoritario, aunque ahora podía contar con la simpatía de un sector de los sindicatos, y un Bloque Interregional, con el nombre de Movimiento Popular, compuesto por tres partidos comunistas y las organizaciones pro anexión a Rusia.

En Moldova, en febrero de 1993, las fuerzas nacionalistas pro moldavas (el Partido Agrario Democrático y el Partido Social Demócrata), aliadas al Partido Socialista consiguieron sustituir en la presidencia del Soviet Supremo al dirigente

“La principal consecuencia en Ucrania y Moldava será la redefinición del Estado de étnico nacional a multiétnico”

del Frente Popular, Mircha Druk, por el ex secretario general reformista del PC, Petru Lucinschi. La crisis económica se agudizó especialmente a lo largo de 1993, como consecuencia del esfuerzo militar y del cierre a los productos agrícolas moldavos de sus mercados tradicionales rusos, lo cual a su vez implicaba un recorte muy importante de los suministros de energía rusa. En agosto, Rusia decidió aplicar a Moldova el status de no signataria de la CEI (Comunidad de Estados Independientes), con importantes tarifas aduaneras, al mismo tiempo que seguía facilitando a la RSS del Dniestr energía y subsidios financieros en términos muy favorables.

El giro ruso

Desde mediados de 1992 en Moldova y un año más tarde en Ucrania y Bielarus, la construcción de los Estados independientes se encuentra con un marco regional e internacional distinto, por la nueva definición de los intereses estratégicos de la Federación Rusa, resumida en el concepto de "extranjero cercano" para referirse a las antiguas repúblicas de la URSS.

Para poder llegar a una tregua en el conflicto del Transdniestr y para mantener los suministros de energía rusa -de la que dependen no sólo los planes de ajuste, negociados con el FMI, sino también la propia supervivencia de la economía-, en los tres países se va a operar un *giro ruso*, una negociación con la Federación Rusa para hacer compatibles los intereses de Moscú con la viabilidad de los nuevos Estados independientes. La principal consecuencia en Ucrania y Moldova será la redefinición del Estado de étnico nacional a multiétnico, integrando en el movimiento nacional parte de las aspiraciones de las poblaciones rusófonas. En Bielarus, el acercamiento de la *nomenklatura* a Moscú le va a obligar, paradójicamente, a iniciar unas reformas económicas a las que se había resistido hasta entonces y, para reforzar en la negociación la defensa de sus intereses, a consolidar elementos de su independencia.

Para demostrar la viabilidad de su proyecto, Kravchuk inicia personalmente el *giro ruso* que Kuchma no había podido llevar a cabo. En su segunda cumbre con Yeltsin, el 17 de junio, consigue un acuerdo general sobre los suministros de energía, a un 60% del precio internacional, ofreciendo como garantía de pago los derechos de Ucrania sobre la herencia de la URSS. Kravchuk

resumió la cumbre como "el comienzo de una nueva época, cualitativamente hablando, en nuestras relaciones". A pesar de esta operación de Kravchuk, la crisis del Gobierno siguió su curso, incapaz de hacer frente al derrumbe económico. La tercera cumbre entre Kravchuk y Yeltsin tuvo lugar el día siguiente, 3 de septiembre, en Massandra (Yalta). Las negociaciones en curso desde el inicio del *giro ruso* salieron ahora a la luz. Para poder restablecer el flujo de los suministros energéticos, Ucrania no solamente se integraría en la zona económica del rublo, sino que pagaría su deuda de 2.500 millones de dólares a Moscú con su parte de la herencia de la URSS, incluida la Flota del Mar Negro y sus instalaciones, y la transferencia de las 1.800 cabezas nucleares almacenadas en Ucrania, a cambio de las cuales recibiría su uranio enriquecido por fábricas rusas para sus centrales nucleares. Ruj acusó a Kravchuk de "alta traición", y el presidente de Ucrania se quedó en horas no sólo sin el apoyo del Gobierno, cuya existencia era ya dudosa, sino también de sus aliados tradicionales. El 21 de septiembre de 1993, el golpe de Estado de Yeltsin en Rusia y su decreto de disolución del Parlamento volvieron a plasmar la amenaza exterior. Pero el día 24, el Parlamento votó finalmente la convocatoria de elecciones parlamentarias para el 27 de marzo y de elecciones presidenciales para el 26 de junio de 1994.

En Bielarus, el corte de las subvenciones rusas llevó a Moscú, en agosto de 1993, a una delegación de diputados postcomunistas, para pedir la integración plena de la economía bielarusita en la rusa. La buena acogida de Ruslán Jasbulátov contrastó con la frialdad de Yeltsin. El Frente Popular denunció esta propuesta de *giro ruso* como una cesión de la soberanía nacional y propuso aplazar la transferencia de armas nucleares del territorio bielarusito, a pesar de la ratificación de START-I (Tratado para la Reducción de Armas Estratégicas) y del Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP) en febrero de ese año, como forma de presión para negociar nuevas relaciones económicas con Moscú. A pesar de ello, Bielarus firmó en septiembre sendos acuerdos con Rusia de unión monetaria y económica, que fueron ratificados por el Soviet Supremo dos meses más tarde. Para avanzar en la unión financiera, Minsk se vio obligado a emitir una moneda propia, que rápidamente se situó a 5:1 en relación con el rublo ruso. Aunque

el acuerdo suponía el fin de cualquier control nacional de su economía, el FMI y el Banco Mundial lo apoyaron con 218 millones de dólares como la única forma de impulsar las reformas económicas y obligar al Gobierno de Kebich a aplicar un plan de ajuste, que acabase con los subsidios al sector estatal. Como de costumbre, a pesar de la poca disimulada simpatía de Kebich y la *nomenklatura* bielarusa por Jasbulátov y Rustkói, la mayoría de la población vio con gran despego los sucesos de octubre y noviembre de 1993 en Moscú.

En Moldova, el *giro ruso* se inició con la tregua militar, en mayo del 1992, que fue ratificada en la cumbre de Estambul de los presidentes de Rusia, Ucrania, Moldova y Rumania, el 25 de junio. Su primer efecto fue la formación de un nuevo Gobierno de “consenso nacional”, que de hecho suponía la consolidación del pacto entre las fuerzas pro moldavas y la minoría rusa frente a los nacionalistas pro rumanos. Ante el bloqueo económico ruso, el Parlamento moldavo ratificó en agosto, por 162

votos contra 101, la firma del Tratado de la CEI. Pero al no obtener la mayoría absoluta necesaria tuvo

que ser el presidente Snegur quien firmase el Tratado de Unión Económica de la CEI en septiembre, así como los restantes tratados, asegurando a Moscú que el nuevo Parlamento, tras las elecciones de febrero de 1994, ratificaría la adhesión plena de Moldova a la

CEI. El borrador de la Constitución, aprobado por la nueva mayoría parlamentaria, abandona el concepto de “dos Estados rumanos” en favor del de un Estado moldavo multiétnico en el que el Transdniestr y Gagauzia tendrían una amplia autonomía. Esta iniciativa bloquea, hasta la fecha, la firma de un Tratado de Amistad y Cooperación con Bucarest.

Las elecciones legislativas postcomunistas

El nuevo equilibrio político en el movimiento nacional que supone el *giro ruso* y los propios avances en la construcción de los Estados nacionales exigen, a finales de 1993, una nueva legitimidad democrática que sustituya a los Soviet

Supremos elegidos en 1990. El debate sobre la ley electoral va a enfrentar al “partido del poder”, que busca perpetuarse, en Ucrania y Moldova con las fuerzas nacionalistas, que temen perder influencia institucional ante el ascenso de los partidos postcomunistas rusófonos. Mientras que Snegur será capaz de dominar todo este proceso, Kravchuk será finalmente su víctima. En Bielarús, los esfuerzos del Frente Popular y de los sindicatos, confrontados con la represión, serán insuficientes para imponer la celebración de elecciones legislativas. El “partido del poder” en Minsk elegirá las elecciones presidenciales como el terreno más conveniente para revalidar su legitimidad.

Los resultados electorales ucranianos supusieron una clara derrota del “partido del poder” que sólo obtuvo entre 48 y 55 diputados, concentrados en las regiones del centro y del este. En perspectiva, los resultados de las legislativas significaban la derrota de Kravchuk en las presidenciales si no era capaz de reconstruir el consenso de los Acuerdos de la Mesa Redonda y ampliarlos al *giro ruso*. Los nacionalistas también pagaron un alto precio por su alianza estratégica con Kravchuk. Fueron además los más perjudicados por el sistema mayoritario de la ley electoral, que les impidió, a pesar del 30% de sufragios conseguido en el sur y el este, implantarse fuera de su feudo de la región occidental y de Kiev (donde el sistema electoral también les hizo perder 15 escaños). La mayor sorpresa fue, con todo, el ascenso espectacular del PCU, seis meses después de su legalización. Junto con sus aliados estratégicos, el Partido Campesino y el PC de Crimea, el PCU barrió en el este, centro y sur de Ucrania, aunque sigue ausente en el oeste (en Lviv sólo obtuvo el 2% de los votos). La fractura entre ucranófonos y rusófonos, entre el oeste y las grandes ciudades del centro, por un lado, y el resto de Ucrania, por otro, es evidente. Responde en sectores populares significativos al rechazo de un proyecto de construcción nacional que aparece dominado por los nacionalistas, sacrificando los intereses económicos inmediatos de una población, que creyó que su suerte sería mejoría más en una Ucrania independiente y democrática que en una URSS o una CEI dominada por Rusia y sus aspiraciones de gran potencia.

En Moldova, como era previsible, los partidos pro rumanos sufren importantes pérdidas. Los resultados finales, que refuerzan a los defensores del Estado moldavo y del *giro ruso*, son saludados positivamente por las

“El referendo sobre la estabilidad de Moldova demuestra la falta de apoyo a las reivindicaciones nacionalistas pro rumanas”

autoridades de la RSS del Dniestr, a pesar de su boicot de las elecciones. El 6 de marzo se celebra también un referendo sobre la estatalidad de Moldova, que la comisión electoral había rechazado convocar en la misma fecha que las elecciones. Sus resultados -95%- demuestran una vez más el cambio político operado desde 1990 y la falta de apoyo a las reivindicaciones nacionalistas pro rumanas.

Con el Partido Democrático Agrario ocupando todos los resortes del Estado, Snegur abre el debate final sobre la nueva Constitución, que será aprobada el 28 de julio de 1994. En virtud de ésta, Moldova se constituye en república presidencialista, multiétnica, con estatutos de autonomía especial para el Transdniestr y Gaguzia, y declara su neutralidad permanente, prohibiendo la presencia de tropas extranjeras en su territorio. En octubre de ese mismo año, los primeros ministros de Moldova y Rusia firman en Moscú un acuerdo para la retirada del XIV Ejército ruso del Transdniestr en el plazo de tres años.

Elecciones presidenciales

En Ucrania, los resultados de las elecciones legislativas inmovilizan temporalmente a Kravchuk y a los nacionalistas. La situación económica tampoco jugaba a su favor. En seis meses, el PNB había caído un 17% más y la hiperinflación se había vuelto a disparar al 3.309% anual. Quienes votaron a favor de la independencia de Ucrania creyendo mejorar su nivel de vida, se convertían en los más firmes partidarios del *giro ruso*. Los conflictos con las autoridades de Crimea y los encontronazos en la negociación sobre la Flota del Mar Negro revelan a la vez una estrategia rusa de desgaste de Kravchuk y el escaso margen de maniobra de éste.

Kravchuk no consigue aplazar las elecciones, pero la ambigüedad de su estrategia produce efectos desastrosos, dividiendo al “partido del poder” y a los nacionalistas. La polarización, ya patente en las elecciones legislativas, no hace sino aumentar en las presidenciales en torno a la cuestión del *giro ruso*. Kravchuk, convertido en el candidato de los nacionalistas, recibe el 94,2% de los votos en Galitzia, mientras que Kuchma, defensor de los derechos de los rusófonos en una Ucrania independiente y bicultural, recoge el 90% de los sufragios en Crimea y el 82,3% en el Donbás. La derrota de Kravchuk fue un mazazo para los

nacionalistas, que vieron en ella un rechazo a la soberanía misma de Ucrania y el reflejo de un síndrome de “pequeños rusos” en la población del este y del sur del país. Sin embargo, la victoria de Kuchma significaba que, para una mayoría de ucranianos, el movimiento nacional había caído durante el último año y medio del mandato de Kravchuk bajo la hegemonía de los nacionalistas, rompiendo un equilibrio que era su única garantía para poder desarrollarse en un marco pluricultural, capaz de satisfacer los intereses inmediatos de todos sus componentes.

En Bielarús, la adopción de la nueva Constitución, el 1 de marzo de 1994, permite la convocatoria de elecciones presidenciales el 23 de junio. La campaña es una farsa, con el “partido del poder” y el Movimiento Popular detrás de un primer ministro, Kebich, que utiliza todos los medios del Estado a su alcance para defender la política de su Gobierno. Shushkevich, por su parte, denuncia, en nombre de la independencia nacional, los tratados financiero y económico firmados con Rusia. Pero el centro de la campaña es Lukáshenka, que consiguió atraer la atención del electorado con sus denuncias de corrupción contra todos los demás candidatos y el atentado contra su vida, cuando conducía su coche, el 16 de junio. Su programa político era un misterio, aunque pedía la unificación con Rusia y el fin de la política de privatizaciones. Los resultados, con una inesperada participación del 70%, no habían sido previstos por las encuestas. El 20 de julio de 1994, Lukáshenka jura su cargo como primer presidente electo de Bielarús.

El derrumbe del sistema comunista, entre 1989 y 1991, y el fin del orden mundial surgido de las Conferencias de Yalta y Postdam han obligado a un replanteamiento radical de la relación entre nacionalismo, movimiento nacional y construcción del Estado. Los trabajos del historiador checo Miroslav Hroch han tenido, en este sentido, una gran influencia, en especial en relación con los llamados “pueblos sin historia” de Europa Central y Oriental. Hroch define el concepto de nación como “un amplio grupo social, integrado no sólo por una sino por múltiples combinaciones de diferentes tipos de relaciones objetivas (económicas, políticas, lingüísticas, culturales, religiosas, geográficas, históricas) y su reflejo subjetivo en la conciencia colectiva. Muchos de estos lazos

pueden ser mutuamente sustituibles, desempeñando papeles de importancia variable en el proceso de construcción nacional. Pero tres parecen irremplazables: 1) la *memoria* de un pasado común, que sea asumida como el *destino* del grupo, o al menos de su parte central constituyente; 2) una densidad de lazos lingüísticos y culturales que permitan un mayor grado de comunicación social dentro del grupo que fuera de él; y 3) un concepto de igualdad de todos los miembros del grupo organizado como sociedad civil. El proceso por el que las naciones se construyen alrededor de estos temas centrales no está prestablecido ni es irreversible. Puede ser interrumpido, de la misma manera que puede reiniciarse después de un largo paréntesis”.

El punto de partida de la construcción nacional hay que situarlo en el momento en que un pequeño grupo de la comunidad étnica no dominante comienza a discutir sobre su propia etnicidad y a proyectarla como una nación potencial. El *proyecto nacionalista* consiste en la identificación de los obstáculos hacia ese objetivo, que puede ser definido en términos culturales o estatales, y un movimiento nacional sería el esfuerzo organizado para superarlos. El nacionalismo, en su sentido estricto, es la subordinación de cualquier otro valor o interés a la defensa de un Estado étnico nacional. De ahí que el nacionalismo sea un componente imprescindible de cualquier *movimiento nacional*, pero no que tenga que ser hegemónico, e incluso, de serlo, que pueda poner en peligro la existencia del propio movimiento nacional.

La verdadera pregunta, a efectos históricos e iniciado ya el siglo XXI, es si estos “pueblos sin historia”, enfrentados por fin a la construcción de un Estado nacional en un contexto de globalización de la economía internacional, pueden hacerlo como Estados étnicos nacionales. Partiendo de las categorías de Hroch, antes citadas, se ha intentado establecer un ciclo común para Ucrania, Moldova y Bielarrús, a pesar de que la proximidad temporal de

la transición en las regiones occidentales de la antigua URSS parece aconsejar una exposición todavía limitada al desarrollo de los acontecimientos como una historia nacionalista lineal.

Ese ciclo es solamente una hipótesis de trabajo. Recalca los ineludibles efectos sociales y económicos de medio siglo de “socialismo real” y el marco internacional que se configura hoy y que, como ayer, está en relación directa con los intereses de la gran potencia en la región, la Federación Rusa. El ciclo puede dividirse en seis fases: 1) descomposición de la URSS; 2) surgimiento de los movimientos nacionales y su confrontación con las *nomenklaturas* regionales, que se dividen; 3) establecimiento de un pacto implícito o explícito entre las *nomenklaturas* reformistas y las fuerzas nacionalistas para la construcción de un Estado nacional; 4) crisis de ese pacto, división de las fuerzas nacionalistas, hegemonización del movimiento nacional por la *nomenklatura* reformista y reaparición del movimiento obrero, en su mayoría rusófono, como sujeto político; 5) descubrimiento de los límites de la propia soberanía y necesidad de negociar con Moscú, en un *giro ruso* cuya consecuencia interna es la ampliación del movimiento nacional a la población rusófona, redefiniendo la construcción del Estado como multiétnico; 6) establecimiento de una nueva legitimidad en elecciones legislativas y presidenciales, tras la elaboración de nuevas leyes electorales que trasladan a las instituciones de los nuevos Estados los efectos del *giro ruso*. Entendido así, este ciclo de transición termina en 1994 con la victoria de Kuchma y Lukáshenka, en las presidenciales ucranianas y bielarrusas, y del “partido del poder” en las legislativas moldavas. El siguiente va a estar dominado, con toda seguridad, por las transformaciones económicas y sociales que implica la generalización del mercado y su integración en la economía internacional.